

*lo menos ahora, y dime: Padre mío,*¹ junta tus lágrimas á mi sangre, y en el reconocimiento de tu corazón, paga mi dolor con tu amor y mis beneficios con tus gemidos.

Habéis vencido, ¡oh amor crucificado! habéis vencido: he aquí un culpable que confiesa sus faltas. Soy más ingrato que los animales, pues ellos no os han ofendido: soy peor que los demonios, á los cuales no habéis concedido tan grandes ni tan numerosos beneficios como á mí. ¡Ah! ¡me avergüenzo de mí mismo! ¡me ruborizo de mi ingratitud! ¿Qué hice yo cuando pequé? Siervo indócil, he sacudido vuestro yugo, un yugo tan suave; esclavo rebelde, he arrojado vuestra carga, una carga tan ligera; hijo pródigo y desnaturalizado, he cometido la imprudencia de dejaros, á vos mi Padre, mi único bienhechor; he abusado de vuestros beneficios para ofenderos y me he atrevido á llevar mi maldad al igual de vuestra clemencia. Mas ya me arrepiento, reconozco mi ingratitud. Confío en vuestra bondad y no atreviéndome á comparecer en el tribunal de vuestra justicia, recurro al trono de vuestra misericordia. ¡Perdonadme, y tened compasión de mí!...

Jerem. 3. 4.

ARTÍCULO III

Excelencia y majestad del Dios ofendido.

Ningún otro espectáculo, en fin, como el de Jesucristo clavado en la cruz, nos da tan gran idea de Dios ultrajado por nuestros pecados. Al verle comprendemos que esta soberana grandeza no ha podido ser aplacada más que por una Hostia divina, por la muerte de un Dios. Imaginémos que el solemne *silencio* de que fué testigo en sus revelaciones el discípulo amado acaba de renovarse *en el cielo*¹; que los ángeles han interrumpido un instante su eterno cántico, que todos los habitantes de la ciudad celestial se han prosternado humildemente delante del trono de la divina justicia, deseando ofrecer, por un solo pecado de un hombre, una satisfacción suficiente: que, á fin de pagar por este único pecado una justa compensación, los ángeles ofrecen al Ser divino su amor; los patriarcas su fe, los profetas su valor; los apóstoles sus predicaciones; los mártires su sangre: las vírgenes su pureza; los pontífices su celo; los confesores sus penitencias; la Santísima Madre de Dios su santidad incomparable. Imaginémos

¹ Apoc. 8. 1.

que cien millones de almas tan puras, si fuese posible, y tan santas cada una, como la augusta Reina de los cielos, han padecido, con el mismo fin, por muchos millares de años, y con una inquebrantable paciencia, inexplicables tormentos más horrorosos que los fuegos del infierno.

¡Pues bien! todo es inútil: tantos sufrimientos son insuficientes: todos esos méritos no pueden nada: todas las penas, los sacrificios, las virtudes de tantos santos, son inferiores á la digna expiación de una ofensa grave hecha á Dios: porque la criatura sola es incapaz de ofrecer una satisfacción igual á la maldad del pecado. Tal es, según San Ireneo, San Atanasio, San Cirilo, San Fulgencio, Santo Tomás y otros muchos PP. la común opinión de los teólogos. En efecto, una pura criatura no puede producir un acto de virtud cuya bondad intrínseca tenga tanto valor para aplacar á Dios, cuanto la infracción de la ley divina es capaz de irritar su cólera; y que sea tan meritoria á título de satisfacción cuanto el pecado es imperdonable á título de ofensa; porque la distancia infinita que existe entre Dios ofendido y la flaqueza de la criatura que quisiese satisfacer no puede jamás ser colmada por actos de virtud necesariamente finitos

en mérito: por consiguiente, la satisfacción de una criatura, cualquiera que sea, será siempre de un orden inferior á la maldad del pecado.

El más ligero desprecio que se dirige á Dios es un desorden inconcebible, y cuando un miserable gusano de la tierra se atreve á despreciar la majestad soberana, no se puede negar que esto es incomparablemente un mal más grande que el bien que podría ser todo el amor y obsequio que se tributase al Criador, cuya bondad es infinitamente digna de que su criatura le tribute toda clase de obsequios. Por consiguiente, pues que el mérito de las virtudes de una criatura, á cualquier grado que se eleve, disminuye en razón de la bajeza de la criatura misma y el pecado, por el contrario, aumenta infinitamente en razón de la infinita majestad de Dios á quien ofende, jamás puede el mérito de la criatura igualar á la gravedad del pecado, pues esta gravedad será siempre superior al valor que pueden tener los actos más meritorios de una pura criatura. De donde deduzco que el pecado mortal encierra en sí una maldad tan grande, que jamás los méritos de ninguna criatura la podrían expiar.

Así, según dice San León, *todos los méritos de los santos eran insuficientes*

para hacer cesar la condición de muerte, en la cual el pecado arrojó al hombre; y fué necesario que nos viniese del cielo un médico extraordinario que, si no fuera Dios mismo, no habría podido aplicar un remedio eficaz para nuestros males; porque únicamente la satisfacción de un Dios Hombre puede aplacar la cólera del Altísimo y pagar á la justicia divina una compensación que iguale á sus derechos. Ni los hombres ni los ángeles, nadie, en fin, sea en el cielo, sea en la tierra, sea debajo de la tierra, hubiera podido abrir el libro de la divina justicia y borrar totalmente una sola de las culpas mortales que están allí escritas; este poder no pertenece más que al Cordero que ha sido inmolado y nos ha rescatado con su sangre.¹

Acércate, pues, aquí, ¡oh pecador! y con la vista fija en la montaña del Calvario, aprende por la muerte del Hijo de Dios á conocer la majestad y excelencia de su Padre, á quien has ofendido. Considera este espectáculo. Tal es la medida de la malicia de un sólo pecado mortal, que, á fin de colmarla plenamente y satisfacer en el rigor del derecho este único pecado, ¡temblad, oídos piadosos, ante esta espantosa verdad! fué necesario que el Verbo se hiciese carne... que

¹ Apoc. 5. 5, 3. 9.

Jesucristo fuese clavado en la cruz... que Dios muriese entre dos criminales... *Para curar la llaga del pecado original, ningún otro remedio que el de la muerte de Jesucristo hubiera sido eficaz: ninguna otra oblación que la de la sangre de Jesucristo hubiera sido capaz de reconciliar con Dios á los culpables desterrados, justamente condenados por su justicia. ¡Oh pecador! ¿qué pensamientos te inspira esta doctrina? Aun cuando todo lo que tiene vida en este mundo fuese ofrecido en sacrificio á Dios, ultrajado por tus pecados, aun cuando el universo entero entregado á la destrucción nada se en la sangre de las víctimas, todas estas expiaciones serian inútiles si la sangre divina no fuese vertida; y si la segunda Persona de la Santísima Trinidad no se hubiese ofrecido en calidad de hostia, los pecados del mundo no se habrían rescatado, y la ira de Dios no se habría aplacado. Tan grande, tan inmensa é infinita es la Majestad soberana de aquel á quien has ofendido. ¿En qué exceso de demencia caíste, cuando por un pecado mortal, ultrajaste á un Dios tan grande, tan elevado y tan excelente?*

Mas si quieres conocer mejor la excelencia infinita de aquel á quien se han dirigido tus ofensas, continúa y redobla tu atención al contemplar la imagen del

Salvador en la cruz. Considera quién es este Dios que tú crees unido á la naturaleza humana y que ves clavado en un infame patibulo. Es tan poderoso que con una sola de sus miradas hace temblar el cielo, conmueve la tierra, espanta y hace estremecer al infierno. Figúrate la nada inmensa en la cual estaba sumergido el universo antes de la creación del mundo. Nada habia, no existian ni el vasto firmamento de los cielos, ni los astros que lo adornan, ni el mar, ni la tierra, nada; excepto Dios, no habia nada absolutamente. Mas he aquí que el Ser infinito, el ser que se basta á sí mismo, decreta, en su consejo eterno, crear este mundo: y en el instante, en un abrir y cerrar de ojos, sin que le cueste ningún trabajo á este soberano arquitecto, sin que tenga necesidad de ningún socorro, por un sólo acto de su voluntad divina, la vasta circunferencia de los cielos se despliega, los astros brillan en el firmamento, la tierra es lanzada en el espacio, los mares abrazan sus continentes, los árboles se cubren de follaje, la masa entera de nuestro globo es colocada sobre sus cimientos y adornada de plantas y poblada de innumerables animales.

Quando el rey Salomón quiso edificar el templo de Jerusalén, empleó, según refiere el historiador sagrado, treinta mil

obremos, sin contar *sesenta mil hombres que llevaban las cargas, ochenta mil canteros, además de los que presidian á cada obra, en número de tres mil trescientos que dirigian á los trabajadores*¹. No obstante, á pesar de esta multitud de hombres ocupados en una misma obra, Salomón, empleó nada menos de trece años, no en formar el universo ni aún en edificar una ciudad, sino solamente en construir y *acabar enteramente un templo*.²

Dios, por el contrario, ha hecho el universo sin tener necesidad para su obra ni de materiales, ni de duración de tiempo, ni de ayuda de nadie: en un instante, por una sola palabra, sin esfuerzo, sin aplicación, sin trabajo, solo, sin cooperación de nadie, el Señor ha criado de nada todo este vasto universo. Su palabra todopoderosa dijo solamente: *Que sea hecho, y todo ha sido hecho. Que la luz sea, y la luz fué. Que el firmamento sea, y el firmamento fué. Que haya en el cielo cuerpos luminosos: que la tierra produzca plantas verdes; y así ha sido*.³ No hubo ningún intervalo de tiempo, ninguna dilación entre la voluntad de Dios y la existencia de las criaturas, en-

¹ Rois. 3, 5. 15.

² 3 Reyes, 7. 1.

³ Gen. 1.

tre su mandato y su creación: *él dijo y todo fué hecho.*¹

No basta esto; que Dios pronuncie otra vez la sola frase: "Que sea hecho," y en el acto se verá un segundo universo más hermoso, más perfecto que el mundo que existe, y después de él un tercero, un cuarto, un quinto y hasta el infinito, saldrán de la nada, sin más fatigas y cuidados del Todopoderoso, sin el socorro de ningún otro obrero, ni de ningún instrumento.

Si á su Majestad se le antojase destruir el mundo que ha criado, le bastaría del mismo modo quererlo; y sin otros preparativos, sin medios exteriores, sin ningún concurso, en el instante mismo y más pronto que el relámpago, precipitaría en el olvido de la nada toda la universidad de los seres. ¡Oh potencia adorable!

Para formarnos aún una nueva idea, emprendamos nuestro vuelo, elevemos al cielo nuestro espíritu. ¡Qué tumulto! ¡qué desorden tan horroroso! un ejército se levanta contra otro ejército, un estandarte se eleva contra otro estandarte: he aquí que las armas chocan; *una gran lucha comienza: Miguel y sus ángeles combaten contra el dragón, y el dragón*

¹ Sal. 32 9.

*combate contra ellos con sus ángeles.*¹ Lucifer, seguido de la tercera parte del cielo que ha arrastrado en su audaz rebelión, pretende *levantar su trono sobre los astros de Dios, sentarse sobre la montaña del testamento y hacerse semejante al Altísimo.*²

Mas atended y ved cual es el poder del Señor. El último de los ángeles está dotado de una fuerza tan grande que bastaría él solo para trastornar el universo. ¡Qué energía, pues, qué fuerza y qué poder han debido reunir en su criminal rebelión tantos millones de ángeles unidos con un mismo furor! No obstante, escucha, ¡oh pecador! y adora la potencia vengadora del Rey eterno; pues á las solas palabras: "*¿Quién es semejante á Dios?*" todos esos ángeles rebeldes son precipitados de lo más alto de los cielos sin poder oponer resistencia, todos ellos caen en un abrir y cerrar de ojos, en el mismo instante, y con la rapidez del rayo al más profundo abismo del infierno, en donde su ruina es para siempre irreparable. ¡He aquí cuán grande y fuerte es este Dios á quien tú ofendes con una osadía tan culpable!

Continuemos contemplando este poder infinito á fin de concebir más y más

¹ Apoc. 12. 7.

² Isaí 14. 13.

un vivo horror de nuestra inexplicable temeridad; descendamos del Calvario y dirijamos nuestras miradas al valle de Josafat, donde deben estar los grandes tribunales del último juicio. Allí, acordándonos de tantos millones de hombres cuyos cuerpos han perecido dentro de las aguas, han sido presa de las llamas ó pasto de las bestias, ó que han sido reducidos al polvo del sepulcro, consideremos qué grande poder se necesita para sacarlos de su destrucción, para despertarlos al sonido de la trompeta, *porque la trompeta se hará oír y los muertos resucitarán*, en fin, para devolverles la vida por un solo acto de voluntad, sin pena, sin trabajo, y *en un abrir y cerrar de ojos*.¹

Si, ¿qué poder no se necesita para que tantos millones y millones de hombres resucitados, convocados de las cuatro partes del mundo, de las provincias y regiones más remotas, sean reunidos en un mismo lugar á fin de ser juzgados allí; para que tantos millones de demonios, de los cuales el menor de ellos podía quebrantar el universo, sean forzados á rendirse á ese temible llamamiento á fin de ser allí igualmente juzgados; para que tantos centenares de millones de hombres y de ángeles re-

¹ 1 Cor. 15 52

beldes sean precipitados al abismo del infierno, con esas dos solas palabras: *¡id, malditos!* sin que puedan con todas sus fuerzas reunidas oponer la menor resistencia á la ejecución de esta sentencia? A la vista de este espectáculo, comprendamos cuán fuerte y terrible debe ser la mano de aquel que al fin del mundo por un solo acto de su voluntad, sacudirá la tierra en sus cimientos, sepultará en una misma ruina las ciudades y las montañas, agitará las olas del mar y sumergirá las islas y los reinos, arrojará los astros fuera de sus órbitas y los precipitará del cielo; derramará azufre y fuego y consumirá la faz de la tierra; y ¿quién ejecutará esos grandes trastornos con tal poder que tanta innumerable multitud de criaturas no solamente no podrá impedir esta total destrucción, sino ni aun retardarla un solo instante? He aquí cuál es el poder y la fortaleza de Dios: juzguemos con esta medida cuál es la excelencia de su ser.

¿Quién, pues, es poderoso como Dios y por consiguiente quién puede decirse excelente como el Altísimo, cuyo trono está rodeado *de millones y de diez mil millones*¹ de ángeles y de santos todos preparados día y noche á obedecerle á la primera señal de su voluntad? No obs-

¹ Dani. 7. 10.

tante, este Dios tan poderoso, ¡oh pecador, es á quien tú has ofendido! contra esta potencia infinita te has armado, y audazmente has levantado el estandarte de la rebelión, tú que no eres más que *una gota del rocío de la mañana,*¹ *un grano de polvo y una nada.*² Si, *tú eres, vil polvo,* exclama San Bernardo, tú á quien el menor soplo arrebatara, eres tú quien te has atrevido á irritar una majestad tan temible.³ ¿Puede uno figurarse tan temerario atrevimiento? Oh pecador, tú temes atacar á un tigre ó un león y no temes irritar á Dios, quien puede en la misma hora en que pecas, *precipitarte en cuerpo y alma en el infierno.*⁴ ¡Qué locura! cómo no espantarse de que tan inexplicable malicia no pueda ser dignamente expiada más que por la efusión de una sangre divina, pues que la excelencia del Dios á quien ofendes, no juzgando más que por solo su poder, es tan grande y tan incomprensible! ¡Oh cielos! ¿cómo á cada pecado, todos los rayos del cielo, todas las criaturas y todos los elementos no se lanzan á la vez y no acumulan su cólera sobre el pecador para vengar al Altísimo á quien él ha ultrajado?

¹ Sab. 11. 23.

² Isai. 40. 17.

³ Serm. 16 sobre el Cant. de los Cant.

⁴ Mat. 10. 28.

Este Dios tan poderoso es también infinitamente sabio. No olvida lo pasado, lo presente no tiene nada oculto á sus ojos, y el porvenir como un cuadro está á su vista con todos sus detalles: no hay nada tan secreto ni tan oculto que no vea y conozca. Imaginémonos una biblioteca donde estuviesen reunidos los libros que tratasen de todas las ciencias, las obras de todos los escritores que han vivido en todo el mundo: supongamos al mismo tiempo una inteligencia bastante vasta para poseer ella sola esta universalidad de las ciencias, juntas á los conocimientos profundos de Adán, de Salomón, de todos los ángeles y, si me atrevo á decirlo, de la misma humanidad del Salvador; pues bien! esta ciencia tan extraordinaria no sería más que ignorancia, comparada á la ciencia de Dios.

Contemplemos el espectáculo que debe ofrecer el universo en el último juicio: ¡qué prueba más admirable de la sabiduría infinita de este Dios que posee el más completo y el más cierto conocimiento de todas las acciones de todos los hombres y de cada uno de ellos en particular! El mundo fué criado ha más de seis mil años, y puede ser que subsista aún muchos millares de años. Contemos si podemos, todos esos millones

de hombres, que en ese largo curso de siglos han vivido ya; contemos con estos los que viven al presente, y los que deben seguirnos hasta la última consumación; enumeremos, calculemos, si es posible, los pensamientos, las palabras, las acciones, y las omisiones de cada uno de ellos durante su vida. ¡Qué número! y no obstante, ni un pensamiento, ni una palabra, ni una acción, ni una omisión se escapará á Dios; con una sola mirada las verá y las discernirá en lo que tienen de más íntimo y de más oculto. Su majestad las conocerá con una vista clara, sin libros, sin registro en donde estén consignadas, sin esfuerzo, y sin reflexión para traer á la memoria el recuerdo. Tan grande es, ¡oh pecador! la sabiduría del Ser divino de quien tú has olvidado con una malicia detestable las leyes tan legítimas y tan sabias!

¡Ay! ¿qué has hecho cuando has infringido alguno de sus preceptos? Para dar este precepto, su divina prudencia había deliberado maduramente en sí misma durante los siglos eternos que precedieron á su promulgación; su sabiduría había previsto las dificultades, las rebeliones de tu carne y los asaltos del demonio; su justicia había pesado la equidad; en fin, la Trinidad adorable la había sancionado, y había sido escrito con el dedo

mismo de Dios en las tablas de Moisés, y su observancia había sido rigurosamente impuesta. Y no has temido con una inconcebible osadía traspasar sin remordimiento este mandamiento de un Dios infinitamente sabio, despedazar como de burlas estas tablas de la ley divina y hollarlas con los pies. ¡Oh cielos! un vil y despreciable gusanillo violar el precepto de un Dios que es la sabiduría misma, violarle á la faz de toda la corte celestial; ¿puede concebirse una audacia más desenfrenada? Que un hombre delante de los estados del emperador, y á la vista de los príncipes convocados á esta imponente reunión se aproxime al trono imperial, tome el código de las leyes del imperio y el libro que contiene los estatutos de las diversas órdenes del estado, que con mano sacrilega las despedace y arroje á tierra los girones, y con furia los pisotée; este insultante desprecio de la majestad del monarca y de las leyes merecería sin duda un castigo ejemplar. Mas cuando tú cometes el pecado, tu conducta es más criminal, pues á la vista del Señor augusto que reina en el cielo, delante del trono de la divina majestad, en presencia de los ángeles y de todos los santos te atreves á ultrajar en su presencia á la Trinidad adorable; á violar las leyes á la vista

misma del legislador; á reir del castigo en presencia de tu juez; profanar tu redención á la vista de tu Redentor, y obligar á la omnipotencia de Dios á cooperar como un esclavo á tus actos criminales y á su inmensidad á ser testigo de ellos. Tal conducta, ¿no es una impiedad execrable? ¿y no debemos admirarnos que tan grave ofensa no haya podido ser rigurosamente expiada sino por la muerte de un Dios, pues que la sabiduría infinita de nuestro divino legislador nos demuestra la excelencia igualmente infinita del Dios á quien hemos ofendido?

Dios es también infinitamente santo. Una sola mentira leve le causa más pena que el gozo que pueden darle todas las acciones heroicas de todos los bienaventurados. Profundicemos este pensamiento. El pecado encierra en sí mismo tal malicia, que Dios lo aborrece con toda la infinidad de su naturaleza, de toda su esencia divina, y de toda su inmensidad; lo detesta esencialmente con un odio continuo, necesario é implacable; lo rechaza como el único mal que le es contrario, y que repugna invenciblemente al soberano Bien. Si, por una suposición que no se realizará jamás, un alma elevada en la gloria al igual de la augusta Madre de Dios, tuviese la desgracia de hacerse culpable de un solo

pecado mortal, en el instante esta alma sería derribada del trono sublime donde brillaba, y precipitada con aplauso de los ángeles en los profundos abismos del infierno, para ser allí presa de las llamas eternas. ¡Tan detestable es á los ojos del Santo de los santos una sola culpa mortal!

Mas, ¿cómo comprenderemos bien hasta qué punto el Señor *siente horror por el impío y su impiedad?*¹ Consideremos solamente la imagen de Jesús en la cruz. Este divino Salvador, la inocencia misma, había tomado apenas la forma de pecador, cuando de lo alto del cielo el clamor de la santidad de Dios se hizo oír dos veces: *¡Que sea crucificado, que sea crucificado!* He aquí cómo Dios odió el pecado hasta no perdonar á su propio Hijo. ¡Oh santidad infinita! ¿cuál debe, pues, ser la detestable maldad del pecado, pues os causa tan vivo horror! Y, no obstante, yo, vil barro, puñado de cenizas, me he atrevido delante de los purísimos ojos de Dios, infinitamente santo, á hacer cosas que me habría ruborizado de cometer en presencia de un hombre. En mi audacia desenfrenada, he dicho, sino con mis palabras al menos con mis acciones: Que el Señor mande lo que quisiere, yo no haré nada; que prohiba, yo

¹ Sab. 14. 9.

no obedeceré; que amenace y que procure horrorizarme, yo no le temo; que mi conducta le desagrade, poco me importa. ¡Oh cielos! lo que el último de los hombres no sufriría de su siervo, ha sido necesario que Dios lo sufriese de mi parte; ese Dios tan sabio, tan santo, tan poderoso, cuya excelencia y majestad soberana reciben sobre todo tan vivo esplendor de su santidad infinita! No, lo que yo admiro, no es que haya sido necesaria una sangre divina para expiar la ofensa hecha á un Dios tan grande; el motivo de mi admiración es que los demonios, ministros de las celestiales venganzas, no se precipiten sobre el pecador en el instante mismo de su crimen, que no le despedacen y le arrojen en lo profundo de los infiernos.

Sería interminable si quisiese enumerar todas las perfecciones en que resplandece la excelencia del Ser soberano á quien hemos ofendido. Su amabilidad es tan atractiva, que si el cielo estuviera abierto un momento á los demonios, en el instante, en vez del odio implacable que alimentan contra Dios esos espíritus reprobados, serían, por la más dulce de las violencias, transportados de amor por él. Su hermosura es tan perfecta, que si los condenados pudiesen esperar solamente vislumbrarla consentirían con

gusto en sufrir mil y mil infiernos, á fin de obtener esta dicha. Su bondad es tan arrobadora que si una sola gota de las inefables dulzuras que de ella dimanar cayese en la horrorosa mansión donde gimen los demonios, la cambiaría en el acto en un paraíso de delicias. Y no obstante, pecador desgraciado, ¡tú has podido odiar á este Dios de tanta perfección!

No solamente no has amado al soberano Amor, sino que también has ofendido á tu Criador, á quien debes la existencia: á tu Padre que te conserva, y sin cuyo amor volverías á la nada: á tu Jefe, cuya providencia te sostiene y sin el cual no podrías seguir viviendo. Te has reído de su justicia que te amenazaba con penas eternas; has abusado de su misericordia para pecar más libremente; has obligado á su omnipotencia á cooperar á tus actos criminales, y á sus ojos tan puros, á los que nada se oculta, á mirar tus maldades. ¿Y cuál ha sido el motivo de tu conducta? Lo repito, ¿por qué has irritado con tanta audacia y desvergüenza al Dios altísimo cuya excelencia infinita resplandece con tanta grandeza y majestad en la admirable reunión de todas sus divinas perfecciones?

Confíesalo, ¡oh pecador! ¿por qué has

despreciado á tu Señor, tu Salvador, y tu buen Padre? ¿Qué ganancia ó qué ventaja esperabas de tu insolencia? ¿Era para asegurarte la posesión de un reino ó de un imperio? ¿O bien para evitar la muerte ó por lo menos los crueles suplicios con que te amenazaba algún tirano? Mas ni aun por esto debías haber hecho el mal. ¿Por qué pues, has ofendido á Dios? ¿Cuál ha sido el motivo de tu rebelión? ¿Por qué has pecado? ¡Oh vergüenza! ¡has ultrajado á tu Padre, á tu soberano Bienhechor; has ultrajado á Dios!.. ¡Ah! ¡mi lengua se niega á decirlo y todos mis miembros tiemblan! has ultrajado á Dios por una vil satisfacción, por un ligero provecho, por un honor efímero, por un nada. ¡Oh crimen execrable, que espanta y hace temblar á las virtudes mismas de los cielos! ¡Ay, por un placer pasajero, cuyo solo recuerdo hace ruborizar; por un poco de lodo, por pueriles bagatelas, por pura maldad, y sin verse obligado por nadie, ofender á Dios, ofender en su presencia al que nos colma actualmente de beneficios! Si, este es un atentado tan enorme y tan criminal, que mil infiernos no bastan para castigarle como merece. ¡Oh pecado! ¡oh ultraje inaudito! ¡oh Dios de una excelencia infinita! ¿mi perversidad ha podido, pues, entregarse á tal exceso? ¡Oh

buen Jesús! ¡ya no me espanto de que hayais sido clavado en la cruz, cuando considero la excelencia del Ser soberano que ha sido ofendido, la ingratitud del pecador que le ofende, y la gravedad y maldad inconcebible del ultraje hecho á Dios.

¡Oh Dios mio! yo habia merecido que desde ahora, á fin de castigarme de la injuria hecha á vuestra divinidad, vuestra justicia concediese á vuestras criaturas el poder de venganza que les dará en el día del juicio, *cuando arme á toda criatura para castigar á vuestros enemigos.*¹ Al contrario, no solamente me perdonáis á pesar de mi indignidad, sino que por vuestras tiernas prevenciones me invitáis á volver á vos. Como buen pastor, sois el primero en buscar vuestra oveja perdida. Padre lleno de amor, estrecháis contra vuestro seno á vuestro hijo pródigo. Extendéis los brazos en la cruz para recibirme; inclináis la cabeza para darme el ósculo de paz; dejáis abrir vuestro costado para abrirme en él un asilo, y derramáis toda vuestra sangre para preparar un baño á mi alma. ¡Oh misericordia infinita! ¡no, ya no puedo resistir más á tanto amor! Yo vuelvo á vos, ¡oh Dios mio! No rechacéis un pecador convertido y penitente, pues le ha-

¹ Sab. 5. 18.

béis soportado con tanta clemencia en su culpable huida y en su pecado. ¡Ay de mí! ¡os he ofendido! ¡Corred, lágrimas! El esclavo ha ultrajado á su Señor, la criatura á su Criador, el hombre á su Dios, á un Dios tan grande y tan adorable! Os he ultrajado después de tantos beneficios y con tan criminal desprecio! ¡Oh! ¿quién me dará una *contrición profunda como el mar?* ¿Quién pondrá en mis ojos una fuente abundante de lágrimas, á fin de que toda mi vida no cese de llorar, considerando á la viva luz del misterio de la cruz la maldad de la ofensa hecha á Dios, la ingratitud del pecador que la comete, la excelencia infinita del Altísimo que es ofendido; á fin de que, preparado así por una viva y ardiente contrición, mi alma obtenga la gracia de una santa y dichosa muerte.



DUODECIMO MEDIO

De la precaución para recibir á tiempo y con una piedad fervorosa el santo Viático y la Extrema-Unción

TODO el mundo conviene en que no hay medio más eficaz para asegurarnos la gracia de una buena muerte, como el de recibir á tiempo y con fervorosa piedad el santo Viático. En efecto, ¿de quién podemos esperar mejor una muerte dichosa que del Autor mismo de la vida, de Dios, que es el centro de toda felicidad? Satanás, nuestro implacable enemigo, no lo ignora, y no hay obstáculo que no suscite, ó para impedirnos recibir el santo Viático, ó para hacer que lo recibamos con tibieza. Con este objeto, prosiguiendo sin descanso su infernal designio, este astuto adversario trabaja durante toda nuestra vida para arrastrarnos al desgraciado hábito